

La izquierda se l

Colombia

El panorama para la izquierda colombiana es sombrío, con una expectativas electorales prácticamente planas. Todo pasa por iniciar una catarsis tanto interna como externa

RICARDO ANGOSO

La reciente destitución del alcalde de Bogotá, **Samuel Moreno**, ha puesto en evidencia la grave crisis que padece la izquierda colombiana y, más concretamente, su principal fuerza política, el Polo Democrático. Tras haber vivido algunos momentos de gloria, precisamente cuando Moreno llegó a la máxima autoridad de la capital y en las elecciones presidenciales del año 2009, cuando su candidato, **Carlos Gaviria**, obtuvo casi tres millones de votos, ahora el Polo se hunde en los sondeos y casi todos los analistas dan por finiquitada a esta fuerza política que un día fue la esperanza de muchos colombianos. En un año electoral para Colombia, la izquierda se ha desfondado definitivamente. Moreno, junto con su hermano el senador **Iván**, ahora en la cárcel por corrupción, ha protagonizado en los últimos años una de las peores gestiones municipales de la



historia de la ciudad de Bogotá. Aumentó la inseguridad, se redujo la movilidad, se abrieron decenas de obras sin ningún control en el gasto, hubo escasa concreción estratégica, se abandonó el centro histórico y avanzó el deterioro ambiental y monumental. La ciudad se convirtió, quizá, en una de las urbes más caóticas y desorganizadas del continente. La gestión de Moreno pasará a la historia como quizá uno de los modelos de cómo no se debe gestionar una ciudad en América Latina.

Luego está el daño causado a su formación política, el Polo, que perderá con toda seguridad una alcaldía emblemática que había ganado durante dos mandatos contra todo pronóstico. Las polémicas contrataciones de Moreno, que hicieron millonarios a los tristemente famosos contratistas y hermanos Nule, también en la cárcel, arruinaron el prestigio del alcalde y su nefasto equipo, pero también se llevaron el de la izquierda colombiana, depositaria de muchas esperanzas cuando el Polo ocupó la

hace el 'harakiri'

máxima responsabilidad. Habían sido muchos años de trabajo, esfuerzos y sacrificios para que la izquierda ocupara tan alta responsabilidad, antesala quizá de llegar algún día a la presidencia de la República y que se conformara el primer ejecutivo de este signo en el país. Ahora todo se ha ido al traste.

■ La miopía de la cúpula del Polo Democrático

Pero, desgraciadamente, aparte del *affaire* de los Moreno, que parecen dos pillos sacados de una película de la España cutre y negra de Martínez Soria, hay que reseñar la miopía política de los dirigentes del Polo, que perdieron la maravillosa oportunidad de callarse. En lugar de optar por la

sabiduría, se lanzaron en tromba a la defensa de una gestión indefendible se mirase por donde se mirase. Cuando surgieron las primeras acusaciones, atizadas por el disidente de la misma formación y excandidato presidencial **Gustavo Petro**, en vez de analizarlas y procesarlas en profundidad, como hubiera sido lo lógico, cerraron filas en torno a Moreno y, siguiendo las viejas prácticas estalinistas, desautorizaron al acusador y le tildaron de ser parte de una suerte de conjura de corte reaccionario. Patético espectáculo que les desacreditó por completo.

Luego vino la catástrofe, el descrédito total, y Samuel Moreno fue destituido como alcalde. Su hermano ya estaba en la cárcel, como los contratistas de la familia Nule, y la bola de nieve del escándalo comenzaba a

crecer. Acababa de una forma tormentosa una experiencia política vista en sus inicios con grandes esperanzas y anhelos por parte de una izquierda que siempre fue un reducto marginal y alejada de los círculos de poder. Años de trabajo, de incontables aportaciones, incluso en vidas humanas, se esfumaban y el final no podía ser menos elegante. La decepción era evidente en las filas del Polo, incluidos sus abatidos y decepcionados votantes, y sus dirigentes no supieron estar a la altura de las circunstancias.

Incluso líderes de prestigio y larga trayectoria intelectual, como el veterano profesor **Carlos Gaviria**, el senador **Jorge Robledo** o la presidenta del mismo Polo **Clara López**, apostaron por Moreno sin escuchar las certeras acusaciones que había en su





contra y el clamor de una ciudadanía que rechaza la pésima gestión de la urbe. Un 85 por ciento de los habitantes de Bogotá, según una encuesta del diario *El Tiempo*, reprobaban la gestión del alcalde en los días previos a su anunciado final, epílogo de un maratón de corruptelas, escasa transparencia y evidentes desaguizados.

La Bogotá de Moreno era una

mezcla entre Caracas, Kabul y el Berlín posbélico, un paisaje surrealista quizá todavía no descrito. Nunca en tan poco tiempo se hizo tanto para ensombrecer una ciudad y de una forma tan profesional como lo hizo este ya exalcalde. Y los únicos que no se quisieron darse cuenta fueron los máximos dirigentes del Polo, que incluso casi llegaron a expulsar a Gustavo Petro por “traidor”, y que



fruto de su ceguera han conseguido el rechazo unánime de una ciudad que tardará lustros en recuperarse.

Moreno era nieto del dictador **Gustavo Rojas Pinilla** (1953-57), quien ya fuera juzgado en su tiempo por sus ilícitos negocios durante su mandato y por unas prácticas que le costaron ser nombrado por el Congreso de su país como “indigno de la patria”. Su yerno, Samuel Moreno, y la madre del mismo Samuel, **María Eugenia Rojas**, también vieron cuestionada su honorabilidad a la caída de la dictadura y, al parecer, por los mismos motivos que sus vástagos ahora. Ya se sabe, de casta le viene al galgo.

¿Y qué futuro le espera a la izquierda colombiana? El panorama es, desde luego, sombrío, las expectativas electorales, como señalan las encuestas, nulas. En primer lugar, la exigencia de una catarsis es una demanda interna y externa. Ni la militancia seguirá aguantando la errática deriva de sus dirigentes, ni la sociedad le perdonará al Polo su tolerancia, cuando no connivencia, con la corrupta gestión del equipo municipal de la ciudad. Y, en segundo lugar, pero no menos importante, la izquierda tendrá que mostrar que es capaz de alejarse de los fantasmas del pasado, apostar por un discurso moderno y racional y, sobre todo, utilizar unos modos y unas formas menos dogmáticas que las que exhibió durante la presente crisis que acabó en un mediocre sainete bogotano. Es decir, realizar una profunda transformación, cuando no una refundación creíble y efectiva. El actual modelo del Polo está agotado, al menos así lo entienden los ciudadanos. ¿Habrán entendido los actuales líderes de la primera fuerza de izquierda colombiana el mensaje o, por el contrario, seguirán apostando por el *harakiri* permanente como forma de hacer política? El futuro nos dará la respuesta. ■

Cecilia López, exministra colombiana y excandidata liberal a la presidencia

“Uribe está borrando con los pies lo que hizo con las manos”

Cecilia López ha sido casi todo en la política colombiana, desde ministra hasta precandidata liberal en las últimas elecciones presidenciales. Ahora trabaja como consultora, analista y colaboradora en diversos medios e instituciones de su país, contribuyendo al debate y al análisis de la realidad social y política de un nación tan compleja como es Colombia. En esta entrevista, realizada en su casa de Bogotá, radiografía en profundidad la crisis que padece, e incluso se agudiza, la izquierda política colombiana, proceso al que no es ajeno su antiguo partido: el Liberal.

¿Cómo analiza la grave crisis que padece la izquierda colombiana, especialmente el Polo Democrático y el Partido Liberal?

Yo iría más allá: creo que hay una crisis general de los partidos en Colombia. Y eso se está manifestando ahora, siendo algo que no es bueno ni para la democracia ni para el gobierno. Se han perdido los grandes debates que había en el Congreso y que siempre, tradicionalmente, los hace la oposición. El problema es que la oposición se ha diluido; por ejemplo, el Partido Liberal se ha entregado al proyecto de Unidad Nacional del presidente Juan Manuel Santos sin exigir nada y sin hacer un inventario de cómo estaban



las cosas en el país. Se debía haber guardado una distancia con respecto a la política del Ejecutivo, habiendo apoyado aquellas iniciativas positivas y mostrándose críticos con aquellos

aspectos negativos, incluso votando en contra. Pero no fue así. Entonces, el Congreso se convirtió en un centro donde apenas hay debates y donde se avalan automáticamente las políticas

del Gobierno. No hay iniciativas de los congresistas, hay una crisis de los partidos que es una crisis de la política. Los que no compartían la visión clientelista y este esquema partidario fracasado acabamos abandonando, como me pasó a mí, a nuestras formaciones políticas por no compartir este modelo que está en una crisis profunda. En lo que respecta al Polo, está en una intensa agonía, muy disminuido en su capacidad de hacer política, debido, sobre todo, a la grave crisis interna que padece desde hace tiempo.

¿Dicen los uribistas, sin embargo, que Santos revitalizó el liberalismo colombiano. ¿Es cierto?

Yo no sé si revitalizarlos es meterlos en una agenda que no es la de los liberales, sino otra bien distinta. No olvidemos que la agenda de los liberales pasa por la lucha contra la inequidad, por el cumplimiento de los deberes y derechos constitucionales de la Constitución de 1991, que fija unas demandas mínimas para que los ciudadanos gocen de derechos sociales y políticos. Sin embargo, nos encontramos que la política económica del presidente Santos es la misma que la de Uribe; es asistencial y no tiene nada que ver con el discurso que los liberales hemos defendido siempre. El discurso de Santos es neoliberal y no socialdemócrata, que es el que tradicionalmente fue bandera de los liberales.

¿Parece que la oposición a Santos, visto lo visto, se la hace el expresidente Uribe?

Claro, eso sí es evidente. Es una oposición, además, irracional, pues Uribe está borrando con los pies lo que antes había hecho con las manos. Todo el mundo le reconoce a Uribe que logró sacar a las Fuerzas Armadas Revolu-

cionarias de Colombia (FARC) del centro del país, eso nadie se lo niega, pero ahora se ha convertido en una persona irracional que defiende lo indefendible; ha puesto en jaque a la justicia y está sembrando de dudas toda la institucionalidad colombiana, algo incompresible en la figura de alguien que fue presidente. Esta situación nunca se había dado, es absolutamente anómala.

¿Cómo examina el “estallido” este año de tantos escándalos de corrupción?



El problema de la corrupción es de la política misma, que ya no es vista como un trabajo por el interés general del país, sino como un profesión en beneficio propio, y hace rato que ya se convirtió en un negocio; los empresarios pagan las campañas y más tarde consiguen favores cuando sus candidatos ocupan puestos de poder. Son lo que yo denomino como los empresarios de la política. Precisamente eso fue lo que pasó con los hijos del presidente Uribe, que se enriquecieron de una forma vergonzosa de la noche a la mañana por una recalificación amañada de unos terrenos. Pero no pasó na-

da porque una característica esencial de los colombianos es que somos muy permisivos y que toleramos todo. Esta permisividad explica el crecimiento del narcotráfico y cómo los valores del enriquecimiento ilícito, del crimen, impregnaron a esta sociedad, que todavía, en cierta medida, sobrevive pese a la brutalidad que vivimos en las décadas pasadas. La política se convirtió en nuestro país en un juego sucio y se pervirtió totalmente. Creo que esta situación explica muchas cosas: somos el país más desigual de América Latina porque sus elites no tienen conocimiento, y quizá no quieren tenerlo, de la Colombia profunda, de la real, que es absolutamente injusta y pobre. Viven en otro mundo, pero no conocen la Colombia de la pobreza y la exclusión.

¿Qué se puede hacer con la violencia, más concretamente con las FARC?

Santos va a conseguir un acuerdo político con las FARC. Yo defiendiendo esta idea desde el primer día de su mandato. Creo que están dadas las condiciones porque Santos tiene el talento para conseguirlo. Luego hay otro asunto importante: en estos momentos creo que es más importante la lucha contra las denominadas ‘bacrim’ (bandas del crimen organizado ligadas al paramilitarismo y al narcotráfico) que la misma lucha contra las FARC. Uribe tuvo mucho éxito con las FARC, pero descuidó la lucha contra el paramilitarismo y el narcotráfico. Las negociaciones con los paramilitares fueron un desastre y es un aspecto criticable de la gestión del expresidente Uribe. Ahora, sin embargo, las condiciones son muy distintas y creo que Santos tiene el talante y las condiciones para abordar un proceso con las FARC que nos lleve a una paz definitiva. Y

veo que hay mucha gente que piensa como yo, que percibe ese cambio y la posibilidad de que Santos aborde ese proceso.

Tras su salida del liberalismo, ¿qué alternativa de izquierdas ve usted para Colombia?

Veo una crisis general en todos los partidos colombianos. Por tanto, considero que es un momento para observar la realidad y ver qué sucede después de las elecciones regionales y locales de octubre, que redefinirán un nuevo escenario político. Estas elecciones, además, pueden ser realmente difíciles porque no debemos descartar la intervención de las 'bacrim' en el juego político. En cualquier caso, creo que es el momento de alejarse de los partidos sin perder participación en el debate público, tal como estoy haciendo ahora, y aportando ideas e iniciativas. Trato de conciliar este trabajo político con mis aportaciones que pueda sugerir desde el ámbito académico.

Parece que este primer año de Santos no aporta grandes resultados, ¿no cree?

A Santos le está tocando pagar el costo de que no sabía a que país llegaba, venía del uribismo y simplemente habían recogido la herencia del anterior presidente. A mí me sorprende que una figura como Santos, tan preparada y siempre dispuesta para ser presidente, no tenga un conocimiento real de lo que es la Colombia profunda. El Plan de Desarrollo, incluso, perfiló la realidad del país claramente y detalló las profundas desigualdades regionales, en las que solo en el centro, Cundinamarca y Bogotá, están desarrolladas. No tenían conocimiento de lo que era realmente el país y descubrieron lo que había cuando llegaron al Gobier-

no; ese fue su verdadero drama. Y así fue posible que cuando llegaron al Gobierno se le vinieran encima las siete plagas. Primero, la mafia que se había generado durante el Gobierno de Uribe y que se extendió por todas las instituciones del Estado; las chuzadas (escuchas ilegales) del DAS, la farsa de los subsidios a la agricultura, los falsos positivos (2.000 jóvenes asesinados por el ejército), los escándalos de los hijos del presidente... ¡Una auténtica mafia! Después, y en segundo lugar pero no menos importante, nombra un Gobierno de tecnócratas que no



tienen un conocimiento real de lo que es este país, sino que pertenecen a una clase social ausente y ajena a la Colombia profunda, que vive en un limbo que no tiene nada que ver con lo que sucede a nivel de calle. Una tecnocracia que no ha recorrido esta nación, que no la conoce; tiene experiencia y está formada, pero sin tomar conciencia del mundo real. Son la Colombia moderna, del centro de Bogotá, pero no saben lo que ocurre en este país. Y este es el verdadero drama de este Ejecutivo de Santos, la explicación por la que el proyecto de Santos no arranca; hay un exceso de tec-

nocracia y poco apego a la calle. La gente que manda esta alejada de la realidad social; esta estratificación radical de la sociedad ha provocado este desconocimiento y que fracasen determinadas políticas ajenas al mundo de los excluidos. Así se explica cómo el Ejecutivo ha fracasado ante la reciente alarma invernal. Tiene que haber un cambio radical, de mentalidad, que traslade lo que sucede en los despachos y en el mundo de los tecnócratas a la realidad de la calle, y haga cambiar las cosas como deben ser y como está ocurriendo en el mundo.

¿Y es Venezuela su modelo político?

No, se lo digo rotundamente, Venezuela no puede ser el modelo de desarrollo para Colombia. Está basando su crecimiento económico exclusivamente en la riqueza petrolera, descuidando su tejido productivo. El día que los precios del petróleo bajen se verá la magnitud de la crisis venezolana y el fracaso del modelo de su presidente, Hugo Chávez. No es sostenible el modelo venezolano, no se mantiene en el largo plazo; ha sido un modelo populista que supuestamente trataba de ayu-

dar a los pobres pero que no ha generado una estructura productiva y un modelo de desarrollo sostenible.

En este momento tan excelente para América Latina, ¿cree que Colombia estará entre los grandes del continente?

Nuestro gran problema es nuestra estructura social. Tenemos indicadores del tercer mundo: somos de los países más desiguales de América Latina y tenemos una pobreza casi endémica, hasta Perú en ese campo ha avanzado más que nosotros. O hacemos cambios estructurales o no estaremos entre los grandes, tenemos que ser capaces de cambiar. ■